



AIDA MÍGUEZ BARCIELA, *Talar madera*, LAOFICINA, Madrid, 2017, 135 pp. ISBN: 978-84-946158-0-1.

El libro que presentamos va elaborando una tesis que se hace explícita en la última página. Se trata de una conclusión *moderna*, podríamos decir *típicamente* moderna, a la que se llega desde diversos ángulos y con diversas herramientas. El ángulo desde el que enfoca la autora: la interpretación de ciertos textos griegos clásicos. Herramientas: la filología, el lícito margen de interpretación que siempre tiene un hermenauta, o el recurso al cine (con la inesperada aparición del filme *Holzfällen* en el epílogo).

No desvelaremos en qué sentido el título es una metáfora de esa tesis moderna que reconoce la imposibilidad de re-unirse con la naturaleza, de fundir *uno mismo* y *naturaleza*, para reservarle el secreto a la curiosidad del lector. Solo avanzaremos que el verbo *ktízein*, que en castellano podemos traducir por “talar”, “desbrozar la maleza”, “clarear el bosque”, es un digno hilo conductor entre todos los capítulos, que aspiran no obstante a cierta independencia de contenido. La obra consta de nueve capítulos sin contar prólogo y epílogo, y el grueso de sus reflexiones está dedicado a Homero y a Píndaro, dejando los últimos compases para las felices apariciones de Hume, con su ensayo sobre el suicidio, y el filme ya mencionado.

En el primer capítulo (*Presencia y distancia*), la autora empieza por recordarnos que para un griego de la época arcaica las cualidades de un varón no son discernibles en lo físico y lo espiritual. La “belleza”, la “juventud”, la “intensa presencia”, que para nosotros pueden decantarse más hacia lo físico, para ellos eran estados del ánimo, constituían una suerte de equilibrio entre lo que luego sería el dualismo platónico, entre el alma y el cuerpo, lo cual anticipa como mínimo la tesis spinoziana de su unidad.

Hay un tópico muy extendido, tanto en la academia como en la opinión pública, que tiende a minusvalorar la cosmovisión clásica griega en base a que sus dioses constituirían una interpretación subjetiva de fenómenos cuyas causas naturales quedaban aún muy lejos de las capacidades de los naturalistas o fisiólogos. Para aclarar este malentendido, Aida Míguez insiste en que *phýsis*, y su verbo *phýo*, no se corresponden exactamente con nuestro concepto de *naturaleza*, y de ahí la confusión y nuestra pretensión de equiparar lo espiritual y lo corporal. Para los griegos *phýsis* es lo que indica el nacer, surgir, crecer, moverse. Son verbos que combaten el dualismo cuerpo-alma, como muchos otros verbos en griego. Los pensamientos de los griegos muchas veces se localizan en las vísceras, o en el corazón, o en el pecho en general, en una curiosa anticipación de la posterior frenología de Gall, y malbaratando por completo el intento de espiritualizar las pasiones. Ellos creían, por ejemplo, que gritar improprios es el acto mismo de salir improprios por la boca, desde dentro del cuerpo. No hay diferencia, como los modernos establecemos, entre las ondas acústicas y lo que, en términos semánticos, llamamos “improprio”.

La autora, doctora en Filosofía por la Universidad de Barcelona, ha investigado los textos griegos en otros trabajos: *Mortal y fúnebre*. *Leer la Ilíada*

(2016), *Cuando los pájaros cantan en griego* (2017) y, también en LAOFICINA, *La visión de la Odisea* (2014). En la obra que reseñamos, de lectura amena, repleta de ménades y ninfas, con la guerra de Troya y la fundación de la polis de Cirene como *background*, ya sea que se hable de Homero o de los poemas pindáricos dedicados a Cirene, encontramos una exposición sobria y no por ello aséptica de una plétora de temas esenciales para el pensamiento griego: los hombres y los bárbaros, la fundación de las ciudades con la necesaria intervención en bosques, ríos o bahías, nuestra relación con los dioses, nuestro anhelo de una fama que sobreviva a la muerte (posiblemente el mejor invento de los griegos), la sensible relación entre religión y ciencia (que los griegos supieron establecer de una forma artística y no problemática a nivel psicológico), etc.

*Pérdidas y liberaciones* (último capítulo) es una buena fórmula para expresar el largo tránsito hacia la modernidad. Perdimos lo ya mencionado: nuestra sana relación con los dioses, nuestra ciencia aún “gaya” y respetuosa con un entorno sagrado y dominado aquí y allá por este o aquel dios. En general, esta distancia con el pensamiento antiguo es buscada y desarrollada mediante varios elementos. En los capítulos sobre Homero encontramos a Odiseo extrañado del entorno y de sí mismo por la propia extrañeza de los parajes y personajes que visita. No se omite un comentario original sobre la famosa escena de las sirenas que obligan al navegante a atarse al mástil, saliéndose así la autora de interpretaciones más convencionales. Odiseo descubre, por lo demás, que el tránsito hacia la civilización y la polis pasa por el cultivo, al toparse consternado ante las yermas tierras de los cíclopes, que no tienen cultivos ni cultura. En este caso, como en otros que el lector descubrirá con gusto, la precisión filológica ayuda a una mejor comprensión del texto griego. Sobre Píndaro, y en orden a contrastarlo con Homero, destaca el tratamiento especial de los relatos insertados en la secuencia principal de las odas. El papel de estos relatos no es tanto central como alusivo. No dice sino que *evita* decir. Es elíptico porque obliga a buscar un sentido relacionable con el elogio de algún atleta, que es la intención principal: “No relatos en el sentido homérico, sino esquemas de relatos y relatos cortos”, p. 97.

Estamos, en fin, ante una obra de interpretación griega que no puede obviar, como toda interpretación, perspectivas que se elevan al plano de lo filosófico en general. Y prueba de ello es que una película sirve de última bisagra hacia la conclusión final que se formula explícita en la última página. *Holzfällen* cuenta la historia de un exilio personal, el de aquel que, después de una estancia en Londres, vuelve a Viena para lanzar, con las licencias que otorga la *distancia*, su veredicto sobre la ciudad austriaca. Solamente salir –de una comunidad, de una patria, de una época– permite a la crítica desplegar su objetividad. En el caso de Aida Míguez, su distancia es temporal y no espacial, como en la película. Su veredicto sobre nuestra época se apoya en su viaje filológico y hermenéutico por la historia griega antigua, y así es posible afirmar, con la experiencia como fundamento:

El romántico anhelo de ser-uno-con-la-naturaleza no es sino eso, un anhelo romántico, pues “uno mismo” es justo lo contrario de “naturaleza”; es más, la naturaleza no sería nada – nada más que silencio, opacidad, eterna noche, inexistencia – si no se hubiese apartado un “uno mismo” para conocerla.

**Pere Gallego**